



AYUNTAMIENTO
Alhama de Murcia
Concejalía de Cultura y Patrimonio



ALHAMA
MANANTIAL DE CULTURA

XVI CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE ALFONSO MARTÍNEZ-MENA 2018

DIARIO DE UNA COSECHA

Javier Tuero Rodríguez (George Best)



Aquel verano tórrido los empleados de *Mamá Panchita Co.* llegaron a Calvario con sus carros brillantes y sus camisas de lino azul claro y, tras deambular un par de horas por las huertas y los bancales, picando aquí, tronchando allá, pidieron entrevistarse con el alcalde. Pero dio la casualidad que Don Antíoco estaba esa semana de pesca con su yerno, de modo que los gringos hubieron de conformarse con extender sus enormes planos pintados de colores ante los ojos polvorientos del alguacil. El resto del pueblo, cariacontecido, observaba la escena desde el zaguán del Ayuntamiento, justo debajo del lienzo heroico del comandante Gualterio Manteca el día del sitio de Arichapinganga, sesenta yeguas negras a galope tendido contra las defensas artilladas de los gachupines. Fue en aquel recinto ennoblecido donde oímos por vez primera la palabra que tantas desgracias y vicisitudes habría de traer al pueblo: calicanto. El ingeniero yanqui, soltándose con alivio un botón de la camisa ensopada de sudor, aprovechó el tumulto silencioso que le rodeaba para arengarnos sobre las bondades del cultivo del calicanto, planta herbácea y oleaginosa por excelencia, originaria de Nueva Caledonia, combustible y comestible a partes iguales tras el célebre método de refinado ideado por mister John T. Julius Jr., ciudadano ilustre de Albany, Massachusetts, cuya explotación en aquellos lares –siempre bajo licencia de la Compañía, se entiende– iba a cubrirnos de oro hasta más allá de las orejas. Así que en ese momento mágico a nadie le pareció útil contrariar a unos yanquis que venían desde tan lejos sin más razones ni méritos que enseñarnos a ser ricos, de manera que esa misma tarde todo el pueblo reunido en la plaza votó en concejo abierto la gracia de permitir a *Mamá Panchita Co.* usar nuestras



tierras y nuestro trabajo a cambio de casi nada, con la esperanza de que el anunciado maná llegase por fin a las puertas de Calvario.

Para cuando regresaron el alcalde y su yerno con una cañabota de más de dos metros de larga prendida con sogas en su camioneta destartalada ya la gente había firmado los contratos sin saber leer apenas y se dedicaba ahora con entusiasmo a la tarea pasmosa de arrancar los cafetos milenarios y los frondosos maizales de sus labrantíos, de acuerdo a las férreas consignas y los sendos dictámenes que cada atardecer divulgaban los sesudos ingenieros de la Compañía, reunidos casi siempre en torno a unos tragos de chicha en el buchínche de Doña Eustaquia, la tetona. *Dios guarde a su excelencia,* espetaron los gringos a un Antíoco aún chorreante de olor a pescado y mucílago y, dicho esto, le acomodaron en el único sofá de la estancia con los favores de la negra Vargas encima, *ahí lo tienes, reina, trátanos bien a su Excelencia, que de su buen hacer depende desde ahora el crecimiento exhaustivo del calicanto por estos lares, no vaya a ser que las cotorras y los arredanjos nos acaben a picotazos con la cosecha. Habrá entonces que salir de caza,* repuso el munícipe una vez deslumbrado por las virtudes casi esotéricas del calicanto, en tanto que aprovechaba la ocasión para echarle un tiento a la negra, prometiendo a la vez ser útil a la Compañía con tanta intensidad que no pasaron ni tres días sin que se organizaran sendas patrullas armadas que, machete y fusil en mano, arrasaron los manglares y las buganvillas exterminando todo tipo de loros cimarrones que pudieran devorar la preciosa semilla del calicanto una vez plantada.

Y en ello estaban todavía cuando una mañana de agosto arribó a la aldea un norteamericano grande y fuerte a bordo de un aparato volador, tal como si fuera el



mismo hombre mesiánico que en los orígenes del mundo se aparecía a las tribus indígenas a la hora menos pensada, el cual -tras pasearse por los campos sin más escolta que un par de muchachos desarrapados y tres perros- dictaminó en un español macarrónico que *la cosa iba muy bien retrasada* (sic), por lo que la única solución factible para poder plantar en septiembre sería *pegar fuego bravo al herbazal* (más sic). Dicho y hecho. Don Antíoco, sin entender nada, le contestó trémulo que *a mucha honra* (también sic) y el hombretón regresó a su avión entre los aplausos del pueblo alborozado y el estruendo de los escopeteros desplumando las últimas cacatúas. Aquella misma noche se dio yesca a la selva siguiendo escrupulosamente las órdenes dictadas por los ingenieros de la Compañía, de modo que bastaba con que cualquiera de ellos señalara con su dedo índice a un lado u otro de la selva para que la gente atizara de inmediato sus antorchas y redujese a cenizas todo residuo vegetal que pudiera estorbar el nacimiento de las futuras cosechas.

Al cabo de una semana de incendios, cuando todavía humeaban los platanales y los popotes, llegaron por fin en camiones los sacos cenicientos de semillas junto con las grandes máquinas sembradoras de calicanto importadas directamente desde Michigan (Ohio) - homologadas por el Departamento Federal Agrícola y la Oficina de Cambios y Patentes de USA-, mientras los cobradores de *Mamá Panchita Co.* extendían a los inditos nuevos papeles azules para firmar.

Do not drop this side up.

Ya debía el pueblo cerca de dos millones de pesos nuevos a la Compañía cuando por fin estuvo todo el dominio sembrado para que –como proclamó solemne desde el balcón



del Ayuntamiento su alcalde- no quedara ningún resquicio entre los actos cumplidos y la voluntad del indio. Dicho esto, la muchedumbre enfervorizada sacó al santo en andas y *Te Deum* glorioso por las callejuelas del poblado, procesión algo deslucida por la carencia de bueyes que tirasen de la carreta de San Pedro Tiñoso ya que, al faltarles labor desde la llegada de las sembradoras americanas, los nobles brutos habían sido convenientemente sacrificados para alimento de los estómagos yanquis.

Habíamos pasado, pues, mucho sudor y mucha hambre, pero aún no había nadie en Calvario que pusiera en duda la legitimidad de la futura cosecha y quién más quien menos andaba ya en deudas fuertes con Mr. Lowcostt, el prestamista de la Compañía, a cuenta, eso sí, de la plata que ingresarían en cuanto las miles de toneladas de calicanto previstas estuvieran a buen recaudo en la panza del buque que habría de transportarlas hasta la planta de Pittsburg, Pensilvania, para su procesado, siguiendo el renombrado método *Julius modificado* ®.

Cuatro días después de aflorar los primeros brotes de un color verde deslucido llegó al pueblo un pelotón de cuarenta soldados gubernamentales al mando de un joven oficial de marina muy amable que, siempre con ademanes sonrientes, nos hizo reunir en la plaza para comunicarnos que el Gobierno de la Nación, a petición del Director General para Centroamérica de la División Oleaginosa de *Mamá Panchita Co.*, Mr. Pigbigger, había decidido brindar protección armada al *nasciturus* de nuestros campos desde el día de hoy hasta su entera recolección, de acuerdo a la Ordenanza XXVII sobre productos agropecuarios de especial relevancia para la seguridad nacional, en su párrafo sexto, punto dos bis. Lo primero que hicieron los *milicos* fue alzar un tronco enorme delante



mismo del Ayuntamiento para colgar la insigne bandera de la República –de la cual carecíamos hasta la fecha-, estandarte que desde ese mismo instante sería izado sin dilación cada amanecer a toque de corneta y arriado al atardecer con idéntica ceremonia, según costumbre. Luego se repartieron por los predios en grupos de a dos solicitando la cédula de identificación a cada indio, mulato o niño que osase acercarse a menos de cien metros del preciado cultivo, de modo que al poco sólo los gringos y los perros quedaron como seres con franquicia para marchar libres por los campos.

Pasó el otoño y, al tiempo que las ristras de foquitos de colores que anunciaban la llegada de la Navidad empezaban a colgar de las fachadas de las casas, arribaron a los surcos una pléyade de gorgojos voladores salidos de Dios sabe dónde para deshonra eterna del cuerpo de Infantería de Marina, que no supo o no pudo detener el avance de aquella tropa funesta de subversivos diminutos. Como responsable máximo de la situación, el ingeniero jefe pasó varias noches en vela atormentado por el crujido incesante de las mandíbulas de los insectos triturando las hojitas del calicanto, hasta que un viernes por la tarde aterrizó en un claro de la selva una avioneta cargada con diez o doce bidones de un líquido naranja y pestilente procedente de Illinois. *Un litro en cincuenta de agua*, fue todo lo que acertó a decir el piloto en inglés antes de despegar de nuevo. *Éste es el milagro de la multiplicación de los panes y los peces*, apostilló el alcalde acuclillado en el flamante váter instalado por la Compañía en el buchínche de Doña Eustaquia.

Reconfortados por la presencia del poderoso remedio caído del cielo, los campesinos se lanzaron en masa a fumigar a pecho descubierto sus valiosos cultivos. Dos días pasó el



pueblo entero envuelto en una nube anaranjada que nubló la vista a muchos e hizo vomitar a gatos y ancianos una especie de espuma violácea, como de hecho estaba minuciosamente descrito por los neurólogos norteamericanos en las contra-etiquetas del susodicho insecticida. Ante las tibias quejas del alcalde, el joven oficial se encogió de hombros y le replicó que aquel era un negocio de hombres, qué vaina, y que si no tenían redaños para continuar devolvieran toda la plata que llevaba adelantada la empresa en esa aldea de pendejos y desagradecidos. Una vez que la nube naranja acabó con la plaga, seis o siete gatos y un par de viejitos, volvieron a brotar las hojas aceitunadas del calicanto, con más fuerza si cabe, y nadie más se atrevió a pensar que hubiera ocurrido una cosa de tanto estruendo, sino al contrario, pensábamos que después de cien años de negligencia y olvido por fin íbamos a recoger lo que realmente nos merecíamos. Y pensábamos también que la Compañía se había convertido para nosotros en una especie de madre con botas militares y no había indio ni mujer ni criatura que no soñase cada noche con una maleta atiborrada de napoleones de oro a cuenta del monopolio en la zona del calicanto, aunque apenas poseyéramos ya algo más que los calzones raídos que llevábamos puestos.

Con la primavera llegó el tiempo de la cosecha y con ella apareció por el pueblo una legión de chamarileros, camorristas, bululús, mujeres sin hombre y contrabandistas de chatarra que plantaron sus reales donde estuvo el muladar del macelo público, sobre el mismo olor a mierda que había ido dejando durante siglos el reguero de pieles curtidas y rúmenes putrefactos. Cada mañana, con el canto del gallo, pasaban los cachicanes de *Mamá Panchita Co.* con sus varas de caña a reclutar jornaleros entre aquella maraña de



vagabundos y trileros que a esas horas tempranas andaban cazando ratas por los cañaverales, pues en el pueblo ya no quedaba cacao ni café ni tabaco ni frijoles ni bananas ni nada que se pudiera llevar uno a la boca, salvo llanuras ingentes de calicanto en flor que había que recoger, pelar, limpiar, secar y almacenar en cualquiera de las siete naves de madera calafateada que habían construido en un santiamén una cuadrilla de negros gigantescos venidos de orillas del Mississippi.

En cuanto los almacenes estuvieron repletos, el oficial de marina plantó ante sus puertas a un escuadrón de soldados izados en caballos mientras que el resto de la tropa escoltaba a los esbirros de Mr. Lowcostt en su misión de ir casa por casa arreglando cuentas con un saquito de pesos y paquetes de chicles para encandilar a los niños. En el umbral de la choza se escuchaba entonces el retintín de las monedas, el llantito pobre los perros, el espanto de la mujer y las protestas cansadas del hombre.

La segunda vez que llegaron los camiones a Calvario fue para llevarse las plantas de calicanto que yacían apiladas desde hacía semanas en los almacenes de la empresa y que tenían ya un color de hiel punteada de lunares parduzcos, tan distinto de los frutos azucarados que antes se daban por estas tierras, al tiempo que los gringos hacían cálculos en inglés y gritaban a los lugareños para que se apartasen y no molestasen la estiba terrestre. Pero los indios no sabían dónde ponerse sin estorbar porque ya no reconocían ni su propio pueblo, ni los campos, ni las calles, y siendo esto terrible no era ni mucho menos lo peor, puesto que las ganancias opíparas se habían quedado reducidas a cuatro o cinco monedas de cobre por cabeza, para eso hemos sacrificado la vida, se quejaban ante el alcalde que -al volante de su flamante camioneta nueva regalo del



mismo John T. Julius Jr.- justificaba aquello basándose en el precio de las semillas, el alquiler de las máquinas, el sulfato naranja, los sacos de abono nitrogenado, los pirógrafos, manómetros, metrónomos y teodolitos que constaban en las facturas como símbolos visibles del poder descomunal de *Mamá Panchita Co.*

Al día siguiente de la carga, los ingenieros dismantelaron los almacenes prefabricados, inutilizaron con arena las sembradoras, arrancaron la letrina portátil instalada en el buchiche, quemaron los escasos rastros, despidieron a los infantes de marina y desaparecieron. La aldea quedó sumida en un barrizal de presagios y cagadas de perros, y entonces empezaron a sonar las campanas de la iglesia y quienes se despertaron con su tañido acudieron a misa despacio con la firme certeza de que para ellos una nueva vida de confusión y miseria alboreaba en el mundo.